Reseña 1. Traducción y Humanismo

Antonio Bueno y Miguel Ángel Vega (dirs.)
Traducción y Humanismo
Bruxelles: Les Éditions du Hazard, 2013

Esta obra, de reciente aparición en el mercado editorial, dirigida por Antonio Bueno, profesor titular de la Universidad de Valladolid, y Miguel Ángel Vega Cernuda, catedrático de la Universidad de Alicante, reúne, en dieciocho artículos de especialistas procedentes de Argelia, Alemania, Bélgica, Canadá, España, Francia, Italia y Polonia, reflexiones en torno al binomio humanismo y traducción. Los artículos son el resultado de las investigaciones llevadas a cabo por cada uno de los dieciocho autores con motivo de un seminario internacional celebrado bajo los auspicios de la Fundación Duques de Soria en su sede del Convento de la Merced en Soria (España).

El volumen se abre con el artículo «Humanismo y traducción: función de la historia en la formación humanística de los traductores» firmado por Miguel Ángel Vega Cernuda, quien nos hace reflexionar sobre la aparente ambigüedad conceptual del binomio «humanismo y traducción» antes de adentrarse en la materia que analiza a lo largo de las diecisiete enjundiosas páginas de su contribución, que versa sobre la función de la historia en el ejercicio, la docencia, la didáctica y la investigación de la traducción. El autor, profesor traducción —y de diferentes disciplinas relacionadas con ella— a lo largo de cuatro décadas y traductor literario de prestigio, pone sobre el tapete las carencias que la «falta de componentes filológicos, históricos y culturales, es decir, humanistas» (p. 11) en la formación de traductores produce en los egresados y cómo esas carencias se reflejan en el modo de afrontar tanto el significado como el sentido en la traducción de textos de contenido humanístico; y lo hace con ejemplos concretos, novedosos, fruto de su experiencia personal internacional, como viajero de penetrante agudeza observacional y como docente y conferenciante en universidades europeas e hispanoamericanas. La primera parte de su artículo la cierra con una pregunta retórica sobre lo que debería ser la traducción, cuestionándose el autor si no debería ser «más que una ciencia, una "sabiduría" que añadiera al elemento cognitivo de la ciencia, aquel valor gustativo de *scientia sapida*» (p. 16) que propugnara Santo Tomás de Aquino y que conduciría al egresado a adoptar actitudes humanistas ante la traducción, es decir a una perspectiva orientada hacia el saber, al afán de ampliar conocimientos y

una personalidad abierta a los valores, y no sólo a los resultados económicos. Tras estas primeras páginas de profunda reflexión, Vega Cernuda expone la injustificada ausencia de la historia de la traducción como disciplina académica en los planes de estudio, la importancia de su presencia o ausencia en el ejercicio profesional y su innegable valor como instrumento de investigación. Por lo que se refiere a la primera parte de este triángulo —aunque ya, afortunadamente, algunos pasos se están dando en determinadas universidades para que esta disciplina se imparta en los Estudios de Traducción—, su ausencia hace que el estudiante desconozca las causas del lugar que ocupa la traducción, la historia de su función y de sus actores, porque, como bien dice el autor del artículo, «toda ciencia de la cultura debe sustentarse históricamente» (p. 18). Cuanto más conozcamos una determinada disciplina, la traducción en este caso, mayor será el interés por profundizar en dicho conocimiento y cuanto mejor la conozcamos, más la amaremos, pues seremos más conscientes de su importancia en la historia de la comunicación humana. El autor del artículo afirma que, al no profundizar en el conocimiento de la historia de la disciplina, los egresados no son conscientes de los valores sociales a los que profesionalmente sirven y se disuelven en la impersonalidad del sistema (p. 19).

El siguiente epígrafe está dedicado a la historia de la traducción en el ejercicio profesional, la segunda parte del triángulo que menciona el autor del artículo, y dice que, si bien parece, *a priori*, que el conocimiento del devenir histórico de la traducción no sería necesario para el ejercicio profesional, la conciencia de saberse integrante de un colectivo cuya actividad está históricamente reglada y reconocida es decisiva para ser consciente de la importancia que la figura del traductor tiene en el desarrollo intelectual de la sociedad. Y precisamente esa consciencia hace necesaria la historia de los traductores, una de las líneas de investigación que Vega Cernuda aborda en el cuarto epígrafe de su contribución: La historia de la traducción como instrumento de la investigación. En él hace hincapié en cómo las ideas e intereses que para la investigación ha despertado la disciplina se han abordado mayormente «como derivación de la filología, no como derivación de una consideración inmanente de la traducción» (p. 25). En este sentido, el autor aporta magníficas ideas sobre diferentes aspectos a investigar. Ofrece al lector atento una serie de temas conducentes a tesis doctorales, estudios e investigaciones que contribuirían a construir todas las ramas de la historia de la traducción. El artículo concluye con sabias reflexiones finales en torno a la carencia de visión humanística en los estudios de traducción y de cómo la historia de la traducción y la historia de los traductores deben constituir los pilares propedéuticos de una teoría de la traducción. Desde la primera hasta la última palabra de este profundo artículo de reflexión, que introduce el volumen monográfico *Traducción y Humanismo*, constituye un texto que debería ser de obligada lectura entre todos los que nos dedicamos a la noble tarea docente e investigadora en ciencias humanísticas, en general, y traducción, en particular, porque no solo aprendemos, sino que en ese proceso nos deleitamos con su lectura.

El segundo artículo, titulado «l'émergence de l'homme en traduction & en traductologie», lo firma Michel Ballard, de la Universidad de Artois, Francia. El profesor Ballard comienza su contribución aludiendo a las razones que

llevarían al Papa Dámaso a encargar una nueva traducción de los textos bíblicos a Jerónimo de Estridón, partiendo de un análisis comparativo entre todas las traducciones habidas hasta el momento, entre ellas la Septuaginta, y un análisis contrastivo entre las traducciones y los textos originales en las lenguas del Antiguo Testamento, por un lado, y del Nuevo Testamento, por otro. Precisamente ese modelo de encargo colectivo que hiciera Ptolomeo II, el autor del artículo lo pone en relación con traducciones colectivas contemporáneas que a lo que han conducido es a aumentar la invisibilidad del traductor al quedar éste diluido entre los intereses editoriales. En contraposición con esto, aborda ejemplos de traducciones individuales y traductores que se responsabilizan de su tarea y actividad, y son conscientes de su papel de eslabón en la cadena de la producción y de la recepción literarias.

El tercer artículo, «Mujer, humanismo y traducción: la traducción femenina», se debe a las profesoras de la Universidad de Valladolid Carmen Cuéllar y Cristina Adrada. En él hacen ver cómo el papel de la mujer en la reflexión teórica y en la práctica de la traducción ha ocupado un segundo plano a lo largo de los siglos y hasta época reciente, tal y como ha ocurrido en muchas otras disciplinas. Las autoras han focalizado su estudio sobre el papel de la mujer en la traducción en la segunda mitad del siglo XX y comparan textos traducidos por mujeres y por hombres para averiguar hasta qué punto podría existir una «traducción femenina», apoyándose para ello en la relación entre prácticas sociales y discursivas. Tras el análisis —desde varias perspectivas— del corpus seleccionado, y de reflexionar sobre cómo aborda el traductor literario su trabajo, las autoras llegan a la conclusión de que en traducción literaria no se puede hablar de una diferencia en función del género del traductor, aunque sí en textos de índole social o política, aunque más que de «traducción femenina» en esos casos se hablaría de «traducción feminista» por la forma en que expresan su contenido reivindicativo.

El cuarto artículo de este volumen busca también tres vértices de un triángulo: «Humanismo, traducción y educación. Análisis de una incidencia histórica» y lo firma Clara R. Revuelta, también de la Universidad de Valladolid. La autora centra su estudio en la traducción durante los periodos bajomedieval y renacentista, épocas en las que el Humanismo alcanzó altas cotas de implantación en la formación, y lo focaliza desde el punto de vista histórico-pedagógico, en tanto en cuanto incide en la génesis de una nueva mentalidad en la sociedad. En esta línea, afirma que las causas de ese cambio de mentalidad se deben tanto al uso del latín como lengua literaria en los ámbitos religioso, académico y pragmático, como a la consolidación de determinadas lenguas vulgares. La autora concluye que la actividad traductora en el periodo estudiado contribuyó a la formación del humanista del Renacimiento, a la vez que facilitó la difusión sincrónica y diacrónica de su obra.

A éste le sigue la contribución titulada «El traductor como investigador: tiempos turbulentos», de Lieve Behiels, profesora en la Universidad Lessius de Amberes, y en la que se duele de las incongruencias que en torno al concepto de «investigación» existe en el ámbito universitario y especialmente entre los sesudos evaluadores de artículos de investigación en esta disciplina, ya que se limitan a la posición que ocupa una determinada revista en rankings —en

la mayoría de las ocasiones elaborados por personas y empresas alejadas de la disciplina académica de la traducción— y no al contenido de los artículos publicados y a la novedad que suponga una investigación concreta en el ámbito de la traducción. La profesora Behiels prosigue poniendo algunos ejemplos de traductores y teóricos de la traducción, para posteriormente y a través de un ejemplo concreto de traducción, emprendido por ella, de una obra histórica escrita en el siglo XVI sobre la relación entre los Países Bajos y la monarquía hispánica de los Austrias, justificar con creces y un fundamentado paso a paso la profunda labor de reflexión teórica y de investigación que un traductor debe realizar para afrontar un texto de contenido humanístico.

Carlos Moreno Hernández, especialista en Retórica y profesor de la Universidad de Valladolid, aborda su contribución precisamente desde la perspectiva retórica y la pone en relación con el binomio humanismo y traducción. Al mismo tiempo, establece un paralelismo entre el humanismo renacentista y la revitalización de la retórica en la época tardomedieval, por un lado, y en la segunda mitad del XX, por otro. El autor hace hincapié en que la recuperación de la retórica a través de Cicerón y del descubrimiento de la retórica de Quintiliano está en estrecha relación con una reconsideración de la manera de traducir (p. 105) y de una vuelta a las fuentes clásicas, pero que la revitalización de la literatura griega y romana estaría en esa época en igualdad de condiciones con las lenguas vernáculas, a las que se dota de su propia literatura, fundamentalmente a través de la traducción. Al mismo tiempo, Moreno Hernández aboga por la conveniencia y utilidad de estudiar retórica en los estudios de traducción, como un mecanismo de producción discursivo-textual.

La séptima contribución se debe a Hugo Marquant, insigne hispanista y profesor del Institut Libre Marie Haps, de Bruselas. Su artículo, titulado «Traducción y espiritualidad, estudio de un fenómeno estilístico-retórico particular: el desdoblamiento sinonímico», nos adentra en textos clásicos de la espiritualidad española de finales del XV y de la primera mitad del XVI, concretamente de la primera traducción al francés en 1601 de las *Obras completas* de santa Teresa de Jesús, en la edición de 1588 de fray Luis de León, atribuida a Jean de Brétigny. A través de su escrutadora mirada, el autor del artículo saca a la luz el recurrente método de traducir un término o palabra de la santa por una pareja de términos o palabras sinonímicas en francés y va desgranando las características de esos desdoblamientos: formales, descriptivas, léxico-semánticas, concluyendo que el fenómeno sirve para potenciar la expresividad discursiva y como ornamento estilístico y cita, como justificativo colofón las de Juan de Valdés en su Diálogo de la lengua: «[…] si algunas cosas no las podemos esplicar con una palabra, esplicámoslas con dos o tres como mejor podemos […] (Valdés 1969, p. 141 cit. por Marquant, p. 127).

A este artículo le sigue el de Georges Bastin, de la Universidad de Montreal, «La traducción en la conquista espiritual de Venezuela», que comienza haciendo una referencia a investigadores que han tratado el encuentro entre América y Europa desde el punto de vista de la traducción. Llama la atención, aunque por otro lado es muy propio de las culturas anglosajona y francófona, el que obvie los encomiables trabajos de investigadores de prestigio en la disciplina de historia de la traducción españoles —siendo uno de ellos el coeditor de esta

monografía y autor del artículo introductorio que hemos reseñado al inicio—, precisamente focalizados en los mayores productores de traductografía en el encuentro entre América y Europa, los misioneros. En el artículo, el autor menciona las obras más habituales escritas por los misioneros: artes, gramáticas, vocabularios y textos doctrinales. Se fija especialmente en estos últimos, escritos bien en lengua cumanagota o bien en edición bilingüe cumanagoto-castellano. A través de su estudio descriptivo, concluye que los misioneros consideraron deficiente el uso de intérpretes locales, que, además, encontraron dificultades para traducir conceptos doctrinales ausentes en las culturas indígenas, que existía una jerarquía en las lenguas utilizadas y que para estudiar el fenómeno de la traducción en la evangelización es útil recurrir a los prólogos y prefacios.

El lingüista y gran investigador Joaquín García-Medall, de la Universidad de Valladolid, aborda el «Malentendido cultural en Filipinas» en los siglos XVII y XVIII desde la perspectiva teórica, focalizándolo en errores pragmalingüísticos y sociolingüísticos, y concretamente en los malentendidos derivados de la codificación gramatical, de la deixis social y cultural, y de los implícitos divergentes relacionados con las diferentes fórmulas de tratamiento en las culturas filipina y española. Mediante una sucesión de los más variados ejemplos, su correspondiente análisis lingüístico y pormenorizada interpretación de los textos estudiados, García-Medall concluye que «como parte del proceso traductor, los lingüistas misioneros se encontraron con fenómenos gramaticales y pragmáticos a los que tuvieron que hacer frente desde su propio ethos cultural mediterráneo y desde su propia perspectiva católica» (p. 173), lo que condujo, en ocasiones, a descripciones de las lenguas, tipológicamente hablando, poco acertadas. En el proceso evangelizador, el encuentro-desencuentro cultural condujo a malentendidos que —gracias al interés que los misioneros demostraron por las culturas en contraste—, reflejaron los misioneros en sus descripciones y relato de las dificultades con las que se encontraron en su labor diaria de traducción y comunicación.

La profesora de la Universidad polaca Adam Mickiewicz, Teresa Tomaszkiewicz, hace interesantes aportaciones en torno al tema de la recepción de literaturas en lenguas minoritarias: «Traduction et réception des Litteratures minoritaires en tant que dialogue interculturel horizontal». Partiendo de un proyecto a largo plazo en el que se contempla la introducción, difusión y promoción en Polonia de la lengua, cultura y literatura de comunidades minoritarias francófonas canadienses, aborda el tema del papel del traductor en ese proceso, en calidad de primer receptor de la obra literaria que debe trasladar a la cultura receptora, y afirma que precisamente a través de su interpretación, sus sentimientos y sus soluciones traductológicas es como el mediador lingüístico-cultural enriquecerá los conocimientos literarios del público receptor en torno a nuevos valores literarios, nuevas variedades ideológicas, culturales o lingüísticas. La autora aboga por estas iniciativas surgidas en el ámbito académico como un modo de seguir tendiendo puentes interculturales, pues contribuyen a enriquecer la comunicación en igualdad de condiciones, en horizontal, entre cultura y lengua emisoras y receptoras.

Juan Miguel Zarandona, de la Universidad de Valladolid, ahonda en los estudios de recepción literaria y focaliza el estudio en la recepción de la literatura

francófona americana en España: «The Reception of French-American Cultures and Literatures in Spain: Past, Present and Future of an Unavoidable Dialogue». Así, pues, aunque la lengua de partida sea el francés, las culturas de partida abarcan territorios tan distantes como la provincia canadiense de Quebec, la Academia canadiense, la Lousiana en Estados Unidos, el país caribeño de Haití, las islas de Guadalupe y Martinica que son, administrativamente, departamentos franceses de ultramar, y el territorio continental atlántico de la Guayana francesa, en Sudamérica. El autor va desgranando en su artículo las antologías de textos literarios de los territorios mencionados que han sido traducidas al español para comprobar hasta qué punto la creación y producción literaria de esas culturas es conocida en España y concluye que, dada la gran apertura que España presenta hacia la traducción literaria, se podría decir que la literatura de la América francófona traducida al español goza de una buena recepción, sin embargo esta afirmación queda contradicha por la poca difusión y promoción de esas obras traducidas, si bien se están dando grandes pasos para que dicha difusión sea una realidad en la cultura receptora.

El decimosegundo artículo del volumen, «Realia, cultura y traducción», lo firma Nelson Cartagena, profesor de la universidad alemana de Heidelberg. El autor hace, en primer lugar, una distinción entre los referentes culturales específicos y los nombres que los designan, para pasar a continuación a delimitarlos conceptualmente y clasificarlos desde el punto de vista de su significado y designación. A continuación prosigue su contribución con la descripción problemática de su traducción y establece la función primordial que ha correspondido a la traducción de lexemas en el pasado y presente de la traducción española y europea (p. 213). A través de ejemplos en los que los realia hacen alusión a cronotopos concretos que caracterizan aspectos nacionales e históricos específicos, Cartagena destaca la labor que en el estudio de los realia hizo la Escuela Traductológica de Leipzig y sus diferentes integrantes.

Del ámbito alemán procede también el siguiente autor, Christoph Strosetzki, romanista y profesor de la Universidad alemana de Münster. Su artículo, titulado «La posición de la traducción literaria entre antiguos, modernos y posmodernos: consideraciones en torno a una pragmática hermenéutica de la traducción», pone de relieve las disputas que secularmente han mantenido traductores y/o teóricos de la traducción en torno al cambio de paradigma entre antiguos y modernos y sus consecuencias para la traductología, y hace ver cómo la eterna disputa ha seguido vigente en el siglo xx, en este caso relativa al concepto de posmodernidad. A modo de resumen describe las características y presupuestos teóricos y pragmáticos de los querellantes en el pasado y en el presente y afirma que el objetivo de una pragmática hermenéutica de la traducción es precisamente descubrir las presuposiciones que determinan una traducción desde el inicio, lo que hace que las sisíficas disputas en torno al tema sean eternas.

Enrique Cámara, de la Universidad de Valladolid, aborda la traducción poética en su artículo titulado «Honest Impostures and the Translation of Lyrical Poetry». El autor parte de la base de que el traductor es el mejor lector de un texto y que en esa atenta y escrutadora lectura percibe hasta qué punto está presente en el texto el escritor del mismo y que esta percepción, en cuanto subjetiva, tiene una parte de impostura ante el texto a traducir, lo que se reflejará en

el texto meta. Partiendo de esta hipótesis, Cámara investiga la naturaleza del aspecto creativo del autor y del traductor en relación con la traducción poética y apunta a que precisamente esa lectura e interpretación del texto poético convierte en visible al traductor de poesía.

José Francisco Ruiz Casanova, insigne investigador y maestro de la historiografía traductora, nos conduce hacia «Los comienzos de la historia de la traducción en España: Juan Antonio Pellicer y Saforcada. Entre el Humanismo áureo y el humanismo moderno» y lo hace como acostumbra, con una profunda y bien fundamentada reflexión inicial que pone al lector en situación expectante ante la demostración del nudo de su contribución. Su afirmación de que «[…] El Humanismo vino a decirnos, en definitiva, que la memoria debe auparse sobre los hombres, que la memoria es el único recurso que nos consuela de la finitud» (p. 269) justifica la encomiable labor enciclopédica —si bien con lógicas limitaciones— del erudito ilustrado Pellicer y Saforcada (1738-1806) en su *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles* (1778) que Ruiz Casanova va desgranando paso a paso en todos sus aciertos y lagunas, y pone de relieve el valor de la obra de Saforcada en un nuevo tiempo de los *studia humanitatis*, en tanto en cuanto se trata de un relato histórico que ayuda a comprender el proceso cultural del Humanismo.

Pilar Blanco García, profesora de la Universidad Complutense de Madrid, especialista en lengua y cultura provenzales, aborda el tema del papel del traductor como transmisor de cultura y, en algunos casos, de recuperador y arqueólogo de culturas que, sin esa labor mediadora, se hubieran perdido. Su artículo «La recuperación de una lengua y de una cultura medieval a través de la traducción en el siglo XIX» ahonda en la faceta traductora y autotraductora de Mistral, autor de Mireya, una obra de argumento típicamente medieval, cuyo tema principal es el amor cortés, y lo hace con el propósito de hacer revivir la lengua provenzal u occitana. En este sentido, Mistral es autor y, en calidad de traductor, transmisor de una cultura que tenía visos de desaparecer, literariamente hablando, lo que hace de él, en cierto modo, un estudioso humanista.

El decimoséptimo artículo se debe a Pilar Martino Alba, profesora de la Universidad Rey Juan Carlos, Madrid. En su doble faceta de historiadora del arte y docente en los ámbitos de la filología y de la traducción, apunta en el artículo «La formación humanística ante la traducción especializada» el amplio abanico de textos, tanto desde el punto de vista tipológico como de contenido histórico-artístico, que se traducen en un mundo de relaciones internacionales en el que las manifestaciones culturales ocupan un lugar destacado; y hace ver cómo a pesar de ese constante ir y venir de textos histórico-artísticos que a diario se traducen, no se contempla en los Estudios de Traducción este campo temático y, lo que aún es peor, la formación humanística imprescindible para afrontar la traducción de textos enmarcados en la categoría de las ciencias humanísticas. Tras reflexionar sobre el significado del «conocimiento enciclopédico» que, según los traductólogos, debe poseer el traductor, la autora hace ver la inconsistencia de dicha exigencia cuando no está basada en una auténtica formación humanística. A continuación, y a través de una amplia variedad de sugerentes e interesantes textos histórico-artísticos, justifica esa necesidad que,

en este ámbito concreto de la Historia del Arte, está directamente relacionada con la calidad del texto meta.

El volumen lo cierra uno de los coeditores de la obra, Antonio Bueno García, profesor de la Universidad de Valladolid, con un artículo en el que se adentra en la figura del patrón de los traductores, san Jerónimo, uno de los grandes humanistas de los siglos IV-V. En el artículo «La mirada de san Jerónimo: un recorrido traductológico a través de la imagen de un Padre de la Iglesia», el autor «pinta» la biografía de san Jerónimo a través de su iconografía en una suerte de interesante y pormenorizada «lectura especulativa e intersemiótica» (p. 313) en la que busca el paralelismo entre la representación del santo leyendo y la labor callada del traductor. Centra sus observaciones en una representación de san Jerónimo, ataviado con ropaje cardenalicio, que en los momentos de ser captado por los pinceles está leyendo una epístola. La obra, atribuida al pintor francés Georges de la Tour, fue localizada en el Palacio de la Trinidad, en Madrid, sede en aquellos momentos del Instituto Cervantes. Antonio Bueno hace un minucioso recorrido por la figura del patrón de los traductores, tanto desde el punto de vista de la historia del arte como de la historia de la traducción y nos hace ver cómo la figura de san Jerónimo es inmortal y universal.

El comienzo de este volumen, con las reflexiones en torno a la función de la historia de la traducción en la formación humanística de los traductores, y el colofón, que aborda, como acabamos de ver, la figura paradigmática de un traductor humanista y personaje relevante en la historia de la traducción y en la historia de la teoría de la traducción, constituyen dos perlas del pensamiento en torno a nuestra disciplina. Por ello mismo, hacen de sus autores, Miguel Ángel Vega Cernuda y Antonio Bueno García, dos eruditas y rigurosas firmas imprescindibles en el ámbito de la reflexión teórica en torno al binomio Traducción y Humanismo, así como en la práctica de la traducción humanística.

Pilar Martino Alba